

Apéndice documental

Polémica entre Rodolfo Ghioldi, Manuel Mora y Araujo y Juan Carlos Torre

I

**Rodolfo Ghioldi, “Cosas de la sociología”,
Cuadernos de Cultura, n° 53, septiembre-
octubre de 1961.**

A las invasiones de sucesivas y diversas maneras burguesas, entre las cuales el psicoanálisis y el existencialismo, sigue actualmente y desde hace algunos años la moda sociológica: creándose por doquier institutos, escuelas especiales, se organizan encuentros y seminarios, se instalan bien provistos centros publicitarios y editoriales, y se contratan, como es de rigor, a los profesores norteamericanos de turno. ¿Qué tratan y difunden esas variadas y abundantes instituciones? Pues, propagan las diversas corrientes burguesas actuales –es decir, las más degeneradas de todas las corrientes burguesas–, y muy principalmente sus expresiones más banales –las norteamericanas.

Desde la aparición del marxismo, la sociología burguesa quedó atrás. La única ciencia social es desde entonces el marxismo-leninismo. Con el andar del tiempo, la sociología burguesa fue perdiendo totalmente cualquier pretensión científica, y cayó en lo que ahora es una mera apologética patronal. A la burguesía en descomposición de la época de la crisis general del capitalismo corresponde una sociología burguesa descompuesta.

Esto es de sobra conocido. Lo curioso resulta ser que los profesores universitarios presentan esas degradaciones sociológicas burguesas ¡como una superación del marxismo-leninismo! Enseñan a los jóvenes que juguetes capitalistas como la sociometría, la “sociología industrial”, el “*motivation research*”, el “control social” y otros de la misma familia son la verdadera ciencia, la ciencia del “hecho”, por oposición a las divagaciones metafísicas que serían propias, afirman, del marxismo. Y más curioso todavía es que no dejen de existir jóvenes estudiantes bienintencionados, que de yapa quisieran ser izquierdistas que den plena fe a las patrañas apologéticas de la burguesía moribunda. Es extraño, pero es así. Ello hace pensar en la conveniencia de aconsejar a esos jóvenes que lean la nutrida literatura marxista-leninista sobre la materia.

No hay un solo problema que la sociología burguesa haya podido enfocar y resolver; ni uno. Tómese la cuestión tan fundamental del Estado, en general: el fracaso de las teorías burguesas es completo; en cambio, la victoria teórica del marxismo-leninismo quedó plenamente confirmada por la experiencia histórica. Es más, en temas como el futuro del Estado en relación con el pasaje del socialismo al comunismo (y este mismo tránsito), la sociología burguesa enmudece firmemente, mientras que

el marxismo-leninismo aporta las únicas tesis válidas y científicas. Veamos un solo ejemplo, el del fascismo. Nadie puede citar una interpretación correcta de la burguesía acerca de ese hecho; ni una. Unos lo presentaban simplemente como una “aberración”, otros como delirios de un tirano, otros como algo anormal y chocante pues, decían, un pueblo que canta, como el italiano, no puede admitir el fascismo. Los socialdemócratas de derecha presentaban el fascismo como la expresión política de la pequeña-burguesía, o como algo que estaba por sobre las clases; desaparecía de ese modo el contenido de clase del fascismo. Frente a esta impotencia general del pensamiento burgués y socialdemocrático tenemos la clara caracterización científica del marxismo-leninismo. Como lo recuerda Dimitrov en su informe del VII Congreso de la Internacional Comunista, esta había definido el fascismo como “la dictadura terrorista declarada de los elementos más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas del capital financiero”. Y añade: “El fascismo no es una forma del poder de Estado que se hallaría por encima de las dos clases, el proletariado y la burguesía, como lo ha afirmado Otto Bauer, por ejemplo. No es ‘la pequeño-burguesía en rebelión que se apoderó de la máquina del Estado’, como lo declara el socialista inglés Brailsford. No. El fascismo no es el poder por sobre las clases, no es el poder de la pequeño-burguesía o del *lumpenproletariat* sobre el capital financiero. El fascismo es el poder del capital financiero mismo. Es la organización de la represión terrorista contra la clase obrera y la parte revolucionaria del campesinado y de los intelectuales. El fascismo en política exterior es el chovinismo en su forma más brutal, que cultiva un odio zoológico contra los otros pueblos”.¹

Es más: en ciertos círculos socialdemocráticos se pensaba que el fascismo era o una forma peculiar de socialismo, o un eslabón intermedio hacia el socialismo. En un informe de 1939, aludiendo a las discrepancias entre socialistas y comunistas, dice Maurice Thorez que las mismas versaban sobre “la naturaleza y la función del fascismo, de donde se derivan las diferencias de opinión sobre las formas y métodos de lucha que la clase obrera debe aplicar para resistir al fascismo y vencerlo”. Recuerda que la resolución socialista del grupo Pivert era prohitleriana (“ya no se puede decir que las economías fascistas estén al servicio exclusivo del capitalismo”), y defendía la integración de la economía agrícola del sureste europeo en la economía industrial alemana (“oponerse a esta tendencia es perfectamente vano”). Comenta Thorez: “¿Puede considerarse como una opinión socialista la apología del hitlerismo, la justificación de sus actos de fuerza?”.²

León Blum tenía ilusiones con el fascismo. En la Conferencia del Partido Socialista francés de 1933, dijo que hay “períodos de transición”, de “formas de sociedad intermedias”, durante las cuales el socialismo se abstiene de las responsabilidades del poder, para no desgastarse: el fascismo, añadió, bien puede ser una de esas formas necesarias de la transición del capitalismo al socialismo.³

No pueden citarse casos de prognosis legítimas de los socialdemócratas o de los burgueses; en cambio, la historia de más de un siglo ha verificado las previsiones más importantes del marxismo, y bastaría confrontar el balance de hoy con el texto del *Manifiesto Comunista* y de los trabajos de Lenin para advertir la solidez científica inquebrantable del marxismo-leninismo.

¹ Georges Dimitrov, *Pour vaincre le fascisme*, París, Éditions Sociales Internationales, 1935, p. 24.

² Maurice Thorez, *Une politique de grandeur française*, París, Éditions Sociales Internationales, 1946, p. 234 y ss.

³ Adolf Sturmthal, *La tragedia del movimiento obrero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, p. 261.

La sociología burguesa renuncia definitivamente a una explicación racional y científica del desarrollo social, renuncia a construir un enfoque global de la sociedad. Se entiende: esa explicación racional y científica conduce necesariamente a la noción de la desaparición inevitable del sistema capitalista, idea que contradice la única función verdadera de los sociólogos burgueses, a saber, justificar y embellecer el régimen burgués. El capítulo XIX de *Los fundamentos de la filosofía marxista*, de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., publicado bajo la dirección general de F. V. Konstantinov, enjuicia en todas sus partes la impotencia de las escuelas sociológicas burguesas de la actualidad.

La abyección del pensamiento sociológico burgués actual puede establecerse no solo por relación al marxismo-leninismo, sino también, en cierto sentido, por comparación con los ensayos sociológicos burgueses de la época de la burguesía ascensional. Por ejemplo, los sociólogos burgueses de hoy se oponen a Comte no por los errores colosales del comtismo, sino porque a pesar de todo Comte, partiendo de la tesis reaccionaria de la eternidad del sistema burgués, buscaba una explicación global del desarrollo de la sociedad y pretendía establecer las leyes generales. Ahora bien, el rasgo básico y común de las escuelas burguesas actuales es la negación de la necesidad legal en asuntos de la sociedad. Esto se ve bien en la colección editada bajo la dirección de Gurvitch y Moore.⁴ Dando la apreciación sobre las escuelas precedentes, dicen los autores: “Las tentativas desesperadas de buscar y formular *leyes sociológicas* que nunca tenían aceptación general” (t. I, p. 10); y se jactan de que la sociología actual elimina los *temas mayores*, para contenerse en la tendencia empírica y descriptiva. Para Huntington Cairns,

solo hay ciencias sociales particulares, sin una ciencia social que las sintetice; además, la sociología es únicamente “nacional”, es decir, hay una sociología francesa, una sociología inglesa, una sociología italiana, etc.; afirma que “la posibilidad de llegar a una teoría general de la sociología parece aún muy lejana”, que la sociología es ciencia descriptiva y sin explicaciones, que se basa en hechos aislados sin una unificación en una hipótesis general (t. I, pp. 2-12). Ernest W. Burgess solo cree en la monografía y la estadística, y refiere que algunos sociólogos creen poseer el “microscopio social”, esto es, la documentación sobre una personalidad particular (t. I, p. 22); a esa minucia privada quedaría reducida la ciencia de la sociología. Talcott Parsons sostiene doctoralmente que ningún sociólogo moderno puede ser partidario de Comte o de Marx (t. I, p. 46); probablemente él cree que Comte y Marx son la misma cosa, pero, en cualquier caso, lo que él quiere significar es su oposición a cualquier búsqueda de leyes generales. El practicismo acéfalo y el renunciamento teórico están expuestos por Howard Becker, que pregunta esto: si la tipología es útil, “¿para qué pretender más?” (tomo I, p. 84). Para Leopold von Wiese, si la sociología es “la síntesis de las ciencias sociales, el marxismo no entra en la sociología ni es ciencia” (t. II, p. 85); así, con tanta facilidad, él elimina el materialismo histórico. Buscando las enseñanzas del fracaso de Durkheim, dice Claude Lévi-Strauss que las mismas muestran que “la sociología debe renunciar a descubrir orígenes y leyes de evolución” (t. II, p. 30).

Algunos ponen de relieve el valor de la técnica, solo que se divorcian de las relaciones sociales, o creen, como Germani, que la sociología trata de los hechos sociales, cuando en realidad se trata de la ciencia de las leyes generales del desarrollo de la sociedad. En resumen: el marxismo-leninismo investiga y descubre las leyes del desarrollo social; la sociología burguesa abdica abiertamente de esa tarea.

⁴ Georges Gurvitch y Wilbert E. Moore, *Sociología del siglo XX*, Buenos Aires, El Ateneo, 1956.

En esta toma de posición burguesa suele tener poderosa influencia el pensamiento de Weber, que recostándose sobre el carácter individual del fenómeno cree poder deducir que el conocimiento histórico no tiene explicación en leyes generales, a cuyo título rechaza el materialismo histórico, pues mientras en la naturaleza sí se da la necesidad legal, dice, la historia es el terreno de la causalidad no necesaria. Conclusión de la escuela: la sociología no aspira a un sistema de leyes generales. Esa interpretación cierra los ojos al hecho verificable de que en la sociedad se producen fenómenos regulares.

Allí donde surge el capitalismo, por ejemplo, tendremos crisis, paro, miseria popular: esa comprobación reduce a la nada el “individualismo” de Weber. Pero donde hay regularidad, hay ley. En la idea de Weber domina el indeterminismo. Como lo dice uno de sus comentaristas, al analizar la “relación social” de Weber, a esta le es “intrínseco un elemento de indeterminación”, de tal modo que dicha relación social no es necesaria, sino problemática.⁵

Para la sociología burguesa, la sociedad no tiene ley, sino *sollen*, es decir, condición que la libera de la causalidad necesaria. Ello conduce al nihilismo teórico, como lo revela, para citar un caso, esta reflexión del director general adjunto de la UNESCO, Walter H. C. Laves: “Gracias a las ciencias exactas y naturales, desde hace varios siglos el hombre comprende más y mejor la naturaleza del mundo físico, y aplica a los transportes, el comercio, la industria, los resultados de las búsquedas en las ciencias de la naturaleza. Pero no podemos pretender estar ni siquiera en las vísperas de comprender tan bien la naturaleza del mundo social”.⁶

⁵ Pietro Rossi, *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Turín, Einaudi, 1956, p. 355.

⁶ UNESCO, *Rapport de la Conférence préparatoire des représentants des universités*, París, 1948, p. 58.

En contraste con el franco renunciamiento burgués a la sociología como ciencia, tenemos la vitalidad del marxismo-leninismo, cuyos planteos arrancan de la famosa formulación de Marx, de 1859:

El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino por el contrario, el ser social *es* lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social.

Y todavía:

Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las

condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el *seno* de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.⁷

He aquí la explicación científica del desarrollo social, así como los instrumentos de investigación científica.

Es fácil encontrar en Marx y en Engels frecuentes reiteraciones de ese pensamiento. Así, en su carta a Annenkov, dice Marx: “Supóngase etapas particulares del desarrollo de la producción, del comercio y del consumo, y se tendrá un orden social correspondiente, una correspondiente organización de la familia y de las jerarquías y clases: en una palabra, una correspondiente sociedad civil”.⁸ Y allí mismo: “Monsieur Proudhon ha comprendido muy bien el hecho de que los hombres producen vestidos, ropa blanca, sedas, y es un gran mérito el suyo el haber comprendido este poquito. Lo que no ha entendido es que estos hombres, de acuerdo con sus fuerzas, también producen las *relaciones sociales* en cuyo seno confeccionan los vestidos y la ropa blanca”.⁹

Lenín ha mostrado la impotencia de la sociología burguesa. Decía que “su ciencia (la de los burgueses) en el mejor de los casos se limitaba a describir estos fenómenos, a recopilar materia prima” (medio siglo después, los profesores de *Sociología del siglo xx* ilustran plenamente ese enjuiciamiento). Y añadía: “Hasta ahora, los sociólogos distinguían con dificultad en la complicada red de fenómenos sociales los fenómenos importantes de

los que no lo eran (esta es la raíz del subjetivismo en sociología) y no sabían encontrar un criterio objetivo para esta diferenciación”.¹⁰

Renunciar a la idea de regularidad es, decía Lenin, arrojar “por la borda todas las tentativas de dar a la sociología una base científica”.¹¹ ¿En qué consiste “el método sociológico de Marx”?; en “buscar las raíces de los fenómenos sociales en las relaciones de producción”.¹² La sociología marxista arranca del carácter objetivo de las leyes, pues “el materialismo histórico reconoce el ser social independiente de la conciencia social de la humanidad”.¹³ Lenin puso de relieve el valor científico de la hipótesis de formación social, gracias a la cual se da, por vez primera, “la posibilidad de existencia de una sociología *científica*, porque solo reduciendo las relaciones sociales a las de producción, y estas últimas al nivel de las fuerzas productivas, se ha obtenido una base firme para representarse el desarrollo de las formaciones sociales como un proceso histórico-natural. Y se sobreentiende que, sin semejante concepción, tampoco puede haber ciencia social”.¹⁴ E insiste:

Marx y Engels llamaban método dialéctico –por oposición al metafísico–, sencillamente al método científico en sociología, consistente en que la sociedad es considerada como un organismo vivo, que se halla en desarrollo continuo (y no como algo mecánicamente cohesionado y que, por ello, permite toda clase de combinaciones arbitrarias de elementos aislados) y para cuyo estudio es necesario hacer un análisis objetivo de las relaciones de producción

⁷ Marx y Engels, *Obras escogidas*, Cartago, Buenos Aires, 1957, pp. 240-241.

⁸ Marx y Engels, *Correspondencias*, Cartago, Buenos Aires, 1957, pp. 14-15.

⁹ *Ibid.*, p. 9.

¹⁰ V. I. Lenin, *Obras completas*, Cartago, Buenos Aires, 1958, t. I, p. 132.

¹¹ *Ibid.*, t. IV, p. 192.

¹² *Ibid.*, t. I, p. 524.

¹³ V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, Cartago, Buenos Aires, 1956, p. 295.

¹⁴ V. I. Lenin, *Obras completas*, t. I, p. 152.

que constituyen una formación social determinada, estudiar las leyes de su funcionamiento y desarrollo.¹⁵

Pero los sociólogos burgueses no aceptan esta tesis básica sobre las formaciones sociales.

Si en filosofía, como tan sagazmente lo vio Alejandro Korn, los Estados Unidos no podían dar nada, se comprende que en sociología ofrecerían muchísimo menos, y ello por la directa razón de que en este terreno el interés y el perjuicio de las clases dominantes es el rasgo esencial y decisivo. La sociología norteamericana no es otra cosa que la justificación en toda la línea del capitalismo en general, y del capitalismo norteamericano en especial; de allí su mezquino sentido pragmático, su amor por la minucia, su renunciamiento a la investigación de las leyes generales del desarrollo social. En su esfuerzo por lograr los objetivos que se plantean, la sociología norteamericana suele caer en posturas insuperablemente ridículas. Veamos unos ejemplos de ello. El *New York Times* mostró bien cómo los comentaristas norteamericanos estiman el testimonio estadístico; en efecto, el 27 de agosto de 1951, con motivo de un aniversario su director hizo saber que los redactores del diario apostados fuera de Nueva York escribían semanalmente 200.000 palabras, o sea —decía— dos veces más que la *Ilíada*. El ingenuo lector del *N. Y. T.* podía deducir que una semana de ese diario valía dos veces el poema. Otro caso: en diciembre de 1951, la Universidad de Michigan instituyó un fondo de 100.000 dólares para que una comisión de expertos y sociólogos investigara si realmente todos los hombres las prefieren rubias: la pesquisa formidable duraría cinco años.

O todavía: El 5 de enero de 1953, *Life* sostenía, luego de comprobar que la gente no compraba, que era misión de los investigado-

res científicos estimular las adquisiciones (estimular pues a dar salida a los “stocks” de las empresas capitalistas; de modo que esos trabajadores científicos no tenían la tarea de averiguar las raíces sociales del fenómeno, sino la muy patronal de incrementar las ganancias de los amos); y añadía: “Los negociantes norteamericanos [...] han llegado a confiar más y más resueltamente en el rostro y la figura femeninos [...] *sex appeal is sales appeal*”. Sociología...

E. L. Faris (*Sociología del siglo xx*, t. II, p. 32) registra el “empirismo práctico de los métodos norteamericanos”: y, como se puede ver en ese mismo t. II, p. 43, por cierto, que los monopolios capitalistas subvencionan muy generosamente a la sociología norteamericana; la fundación Rockefeller no es de las últimas. Ese empirismo es además empirismo de insignificancias: el *social survey* es la glorificación de la menudencia sin proyecciones. Su carácter es monográfico y descriptivo.¹⁶ No se trata, naturalmente de condenar la monografía, sino de rechazar la tendencia ateorica que separa los fenómenos parciales de sus conexiones globales, con lo cual se cierra el camino a la explicación científica. La manera monográfica norteamericana es el practicismo insubstancial.

La sociometría es una de las expresiones del pensamiento sociológico burgués y exagera muchísimo, sin duda, Gino Germani, cuando en su *Sociología científica* ve en ella “uno de los desarrollos más originales en el análisis de las interrelaciones humanas” (con sus sociodramas, sus “teatros” sociológicos, sus *tests* para captar los sentimientos de los individuos entre sí, su capacidad de buscar jefes y líderes). No puede ser útil y serio un método de investigación de las relaciones entre los individuos, cuando se parte de la negación

¹⁵ *Ibid.*, t. I., p. 177.

¹⁶ Carneiro Leão, *Los fundamentos de la sociología*, Buenos Aires, Americalee, pp. 26-27 y 29.

de las relaciones sociales de producción. Un diario¹⁷ atribuye a la “nueva disciplina científica, la sociometría”, la misión de elevar los recursos nacionales, el nivel pedagógico y la orientación del futuro (¡nada menos!); la sociometría, agrega, puede hacer esos milagros porque estructura “las relaciones humanas”.

Pero sucede que estas son, en verdad, las relaciones necesarias e independientes de la voluntad de cada cual, creadas en el curso de la producción social, premisa básica que no entra en el esquema sociométrico. A tiempo, Germani hace una reserva acerca del reformismo social de la sociometría; a tiempo porque como lo muestra Armand Cuvillier, esa sociometría incluye una terapéutica (por ejemplo: asegura la dirección de la opinión pública, da los elementos para la lucha contra el marxismo, con todo lo cual revela su crudo e inmediato designio capitalista). En suma, esta disciplina pretende impedir el desarrollo de la sociedad hacia el socialismo.

Los sociólogos norteamericanos (junto con los psicoanalistas, claro está) suelen consagrarse al llamado *motivation research*, que *Fortune* de junio de 1956 caracteriza del siguiente modo: investiga las verdaderas razones por las cuales la gente compra, en oposición a las razones que dan los compradores; y en consecuencia asesoran acerca de la publicidad. ¿Se trata de vender cerveza? En ese caso, que no aparezca en el anuncio un caballero elegante porque, dicen los sociólogos psicoanalistas, el público prefiere para ello a alguien de la clase media. Aclara *Fortune* que esos sociólogos piden hasta 50.000 dólares por consulta. En realidad, esos investigadores debieran averiguar por qué la gente no compra, o compra menos (desempleo, merma del salario real); verían entonces la vaciedad de sus labores.

La titulada “sociología industrial” prepara capataces implacables, vestidos de sociólo-

gos, que cumplen la tarea de adaptar al obrero al medio técnico. Tales sociólogos son como una brigada de choque del patronato aplicada a someter a los obreros a las condiciones de la racionalización capitalista. Dos sociólogos contaron su experiencia policial: como los trabajadores de la Corporación de Manufacturas Harwood resisten la intensificación del trabajo, aquellos fueron contratados por la firma para que proyectasen una solución patronal, cosa que ellos hicieron científicamente; se jactan de esa función de capangaje en un folleto.¹⁸

El *control social* oculta la verdadera naturaleza de la sociedad capitalista, creando la ilusión de actos reguladores y disfrazando los aspectos coactivos de la burguesía dominante. Despejada de toda su charlatanería, el macartismo es la imagen auténtica de ese pretendido control social.

La orientación sociológica norteamericana hacia los asuntos de la fábrica surgió hace décadas; ya en 1920 muchas empresas crearon departamentos de relaciones industriales, con el objetivo de conservar a los obreros fuera de los sindicatos, mediante la aplicación de “un programa más paternalista”.¹⁹ Así, la empresa bajo la dirección de los capitalistas es el centro social por excelencia (¡no el partido obrero, o el sindicato, o el centro cultural independiente!); allí debe encadenarse a la gente; los sindicatos *deben* limitarse a apoyar el plan patronal; “las empresas están llamadas a desempeñar un papel esencial en la vida social”.²⁰ He allí maneras de feudalismo en las fábricas modernas. Esas ideas las desarrolla R. C. Horne, vicepresidente de ESSO S. A. Petrolera

¹⁷ *El mundo*, Buenos Aires, 19/6/1960.

¹⁸ Lester Coch y John French (h.), *Superando la resistencia al cambio*, Boletín del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1957.

¹⁹ Robert D. Leiter, *Labor Economics and Industrial Relations*, Barnes & Noble, Nueva York, 1958, p. 197.

²⁰ Lynton y Scott, *El programa técnico y la integración social*, Buenos Aires, Centro.

Argentina, en su folleto *Algunos aspectos de las relaciones humanas en las actividades comerciales e industriales* (1954). Ni que decir que el autor *egresó* como experto en la materia; hizo su curso en Harvard. Explica que se trata de “cómo lograr una mayor colaboración humana en una organización industrial”, o sea, cómo formar legiones de crumiros; y la tarea de la Universidad y de los centros de investigaciones es esa. En el Congreso de Dirección Científica de la Empresa,²¹ R. Roccagliata afirmó que la empresa “es el cimiento donde se asienta la estructura de toda la humanidad” (por lo tanto, el empresario es el señor del mundo): por su parte, Carlos Cisneros, del Instituto Radical de Investigaciones, cree que “es conveniente que terminemos de una vez con que el hombre obrero se sienta un enemigo a muerte del patrón y no un colaborador”; hay que seguir el ejemplo norteamericano, “que incluso han avanzado sobre los talleres, para examinar al obrero, psicólogos, sociólogos, que estudian las angustias que tiene un obrero, que lo amparan, que le hacen sentir su solidaridad”.²² Como se ve, toda la línea sociológica norteamericana va dirigida a estorbar o negar la lucha de clases.

Esta sociología es pura apología del capitalismo. En el seminario social-económico de Maracay, realizado con la presencia de Von Misses entre otros, los expositores “adujeron una vasta serie de razones para exponer los beneficios y ventajas del capitalismo sobre el comunismo”, informa la United Press; y el argentino Benegas Lynch declaró que no hay libertad sin capitalismo.²³

* * *

No es pequeño el papel que juega la ecología en el ámbito sociológico norteamericano. La Escuela de Chicago parte de que la primera finalidad de las ciencias sociales es el estudio de las relaciones entre el hombre, la tierra, las plantas, los animales, y los hombres de la misma región. La llaman por ello sociología regional, y por el papel que el espacio juega en ella, se la ha vinculado con la geopolítica, que se singulariza por el empleo a fondo de ese concepto. Carneiro Leão, adepto de la ecología, afirma que la suma de esta con el área de cultura da por resultado la ciencia social, y le atribuye la misión de modificar las condiciones naturales de la región (claro, las naturales, no las sociales; dejando subsistente, por ejemplo, la estructura latifundista).

Bajo apariencia de objetividad y sujeción al hecho —minúsculo y regional pero hecho—, la ecología deja de lado la estructura social, las clases, sus luchas. Un buen ejemplo lo tenemos en Carneiro Leão que en el libro ya nombrado se duele de la pobre alimentación del noreste brasileño, no adaptada, dice, a las condiciones de clima y vida de la región.

De haberlo consultado a su compatriota Josué de Castro, habría visto que en ningún lugar de Brasil la alimentación es racional; la carencia está en todas partes. Dice Carneiro Leão “que no hay verduras ni frutas. Los pobladores comen principalmente carne y harina de mandioca. Tienen pues una alimentación carencial”. Seguramente es así: pero el problema del sociólogo sería otro: ver las raíces del fenómeno, establecer las responsabilidades. Un análisis serio debiera incluir: primero, el desarrollo desigual del Brasil, por causa del latifundio y del capital extranjero; segundo, las tremendas consecuencias de la opresión oligárquica. Las propiedades del noreste brasileño tienen dimensiones que van de los 10.000 a las 100.000 hectáreas. En consecuencia del desarrollo deforme del país, ocurre que, para 1956, la renta per cápita en el noreste era de 5461 cruzeiros, contra 17.151

²¹ *La Razón*, Buenos Aires, 6/12/1960.

²² *Clarín*, Buenos Aires, 23/08/1959.

²³ *La Prensa*, Buenos Aires, 9/01/1961.

cruzeiros en la región centro-sur. Y es inútil: la ecología no puede impedir la revolución agraria. No lo entiende así Carneiro Leão, que supone que la ecología es el arma victoriosa en la lucha por la vida (p. 46 de su libro). En fin, este autor atribuye la caída del papel de Grecia en el mundo... ¡a la malaria! Ejemplo deplorable de los desvaríos a que conduce la sociología burguesa.

Dirigidos por la justificación del régimen burgués, los sociólogos burgueses niegan, adulteran y confunden el concepto de las clases y de la lucha de clases; y como los hechos de esta lucha existen, explican la cosa de manera arbitraria. Alexis Carrel, el reaccionario, llegaba al colmo de atribuir las úlceras estomacales y la hipertensión arterial de los obreros a las tendencias agresivas de estos contra el patronato. Para Leopold von Wiese, el concepto de clase es una forma bastante vaga de la estructura de la sociedad” (*Sociología del siglo xx*, t. II, p. 87). Ralph Linton sostiene que “en cuanto a los conflictos de clases, estos no parecen tener gran importancia para el estudio de las sociedades en general”.²⁴ Esta inaudita e ignara afirmación está formulada un siglo después de la famosa proclamación del *Manifiesto*: “La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases”. Y en seguida confundirá clase con casta (cree en efecto que el sistema hindú de castas es ejemplo de cómo cada clase formaba una sociedad en sí misma). Linton no ve que lo propio de la casta es el igual *status* jurídico y legal; como lo enseña el leninismo, “una de las diferencias entre clase y casta, a saber, que las clases se diferencian unas de otras no debido a privilegios jurídicos, sino a condiciones existentes de hecho que, por consiguiente, las clases de la sociedad contemporánea presuponen una *igual-*

dad jurídica”. E insiste: “La esencia de una sociedad de clases (y de una enseñanza de clases, por consiguiente) reside en la plena *igualdad* jurídica, en la absoluta igualdad de derechos de todos los ciudadanos”.²⁵ Así el terrateniente entra en la clase, el noble se incorpora en la casta.

Gino Germani tiene ideas vacilantes en lo concerniente al concepto de clase. En *Sociología científica* habla de “clase intelectual”, siendo conocido que los intelectuales, cualquiera sea la clase de que procedan, no forman una clase, sino una capa social. Debido a esas vacilaciones, tendía a admitir tendencias planificadoras en la sociedad moderna (es decir, burguesa), y entre ellas nombraba especialmente a la empresa capitalista, que es justamente ejemplo de caos productivo. Como tantos otros sociólogos burgueses pone el énfasis en el concepto de grupos; pero incluyendo en ello a la clase, al grupo técnico y al grupo ocupacional, introduce un embrollo conceptual (por ejemplo, mezclar clases con rasgos naturales) muy propio al desdibujamiento y disolución de la idea de clase.²⁶ Y esto se manifiesta en su asombrosa afirmación de que el concepto de ocupación posee más realidad que el concepto de clase.²⁷ Confundiendo la calidad de un oficio con la relación social, siendo que esto último es lo que considera la sociología verdaderamente científica. En el citado libro de Robert D. Leiter se informa que el Servicio de Empleos de los EE.UU. preparó un diccionario de títulos ocupacionales, con muchos millares de descripciones cuidadosamente clasificadas y codificadas. (De manera que estos muchos millares de trabajos prolijamente delimitados vendrían a sustituir la idea de que habría una clase de proletarios enfrentada a una clase de capita-

²⁴ Ralph Linton, *Estudio del hombre*, México/Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 119.

²⁵ V. I. Lenin, *Obras completas*, t. II, pp. 451-452.

²⁶ Gino Germani, *Estructura social de la Argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1955, p. 14.

²⁷ *Ibid.*, p. 145.

listas; no, en su lugar tendríamos una gran cantidad de ocupaciones escrupulosamente nombradas). Es más. Para la estadística oficial norteamericana, los prisioneros son obreros “especiales”, y un capítulo del volumen de Leiter se titula así: “Prison labor”. No: simplemente, el oficio no es una relación social. Refutando a un “crítico de Marx”, se burla Lenin de un autor que confunde “diferencias entre profesiones con diferencias entre clases”.²⁸ No habla Germani de clase obrera, sino de clase popular, que sería un concepto fundado en nociones de sentido común; confesión de renunciamiento a la consideración científica del concepto de clase obrera. Sin duda que, por esas mismas defecciones en materia de clase, Germani soslaya la consideración expresa del latifundio y del capital extranjero cuando alude al desequilibrio nacional; y del estancamiento rural no deduce la función regresiva que desempeña el régimen de la gran propiedad latifundista, sino la limitaciones técnico-económicas al desarrollo de la población rural. La conclusión no se relaciona para nada con la premisa, pues puede darse en el capitalismo el desarrollo de la producción agraria sin perjuicio de que disminuya el peso específico de la población rural.

Acá puede abrirse un paréntesis, para hacer una referencia al abusivo empleo del concepto y la palabra “estratificación”, tan puestos de moda por los pensadores burgueses norteamericanos. Procedente de estrato, término tomado de la geología, como se dice en los *Fundamentos de la filosofía marxista*. Se alude a capa social y grupo. Pero el equívoco que suscita es manifiesto: los burgueses creen (o quieren creer) que el régimen social burgués es tan eterno como el régimen natural de las rocas, y se consuelan pensando en la estratificación de las clases. La estratigrafía es el estudio de las capas sucesivas de rocas se-

dimentarias; “estas se disponen las unas sobre las otras, en espesor diverso, pero se conservan iguales a lo largo de espacios inmensos. Y como se calcula que la edad de las rocas anda en las cercanías de los dos mil millones de años, ¡qué rosada perspectiva para los burgueses!

Otros admitirán las clases y luchas de clases en el solar vecino, pero no en el propio; es el caso, por ejemplo, de Spengler, que sostenía que la lucha de clases en Prusia, precisamente en Prusia, no tenía razón de ser.

Está claro que el sociólogo que no considera a las clases por el lugar que sus componentes ocupan en el sistema de producción, por su relación con referencia a los medios de producción, y por su sitio en la riqueza, social, esto es, que no ve en una clase a personas que desempeñan la misma función en la producción y que tienen las mismas relaciones hacia las otras personas en el proceso de producción, tal sociólogo está totalmente perdido para la ciencia. Abandonado el terreno de clase, se incurre en “despropósitos deliberados”, como es común en las estadísticas burguesas. Por ejemplo, estas meten dentro del concepto de renta nacional todas las ramas no productivas (aparato estatal, crédito, médicos, abogados, etc. —que no producen valores—, clubes de noche, institutos de belleza): de este modo, les es fácil a Evans y Hoffenberg llegar a la conclusión de que “más de la mitad del ingreso nacional se origina en estos sectores”, es decir los sectores que producen servicios.²⁹ Mientras la estadística norteamericana no discrimina cuando trata de ocupaciones industriales, la producción material de otras producciones, la estadística de los países socialistas sí lo hace. En la U.R.S.S., el 85,2% de la población ocupada lo está en ramas de la producción material: el resto, en educación, servicios públi-

²⁸ V. I. Lenin, *Obras completas*, t. IV, p. 190

²⁹ *Estadística*, Washington, marzo de 1959.

cos, transporte de pasajeros, cuerpos de administración estatal, de organizaciones públicas y de cooperativas.³⁰ En cuanto a la República Popular China, la población ocupada en trabajos productivos fue del 65% en 1949, y del 85,1% en 1958.³¹

Ina T. Walton acepta esta grotesca clasificación de Taussing sobre los trabajadores: líderes industriales, gente de rango profesional, funcionarios públicos superiores.³²

Tremenda confusión acerca del concepto de clase revela Rama (que también gusta hablar de “estratos”, y que por allí lo conmueve a uno con un colosal “estratificacional”), para el cual existen cinco clases –alta, media superior, media inferior, baja superior y baja inferior–, con 57 “grupos sociales”, esto es, como lo aclara, jerarquías dentro de cada clase. En la clase media inferior, donde pone obreros a domicilio, aprendices, peones, pensionistas, servicio doméstico, incluye además “tropa y suboficiales de ejército y policía”, y junto con los “desocupados”, a los “vagabundos, delincuentes, prostitutas”.³³ Así pues, al lado de obreros propiamente dichos tenemos diversas capas de *lumpenproletariat*, como si todo fuere uno y lo mismo. Lenin se mofaba justamente de una estadística que incluía como “pequeño empresario” al cochero, al mandadero, al sepulturero, al vendedor ambulante, a la costurera.³⁴

Se usa el concepto de grupo para disminuir o anular el concepto de clase. “Los marxistas no niegan que en la actual sociedad capitalista haya diferentes grupos y capas intermedias, a

la vez que diversas organizaciones políticas, económicas y culturales. Pero el verdadero sentido y la significación social de esos grupos solo podrán comprenderse en la medida en que se determine el lugar que ocupan en la estructura de clase de la sociedad y el papel que desempeñan en la lucha de clases. El estudio de los grupos sociales que existan efectivamente, lejos de anular la necesidad de un análisis de clase de la sociedad, presupone este análisis”.³⁵ Y aun: “Ejemplo elocuente de la incapacidad de los sociólogos para distinguir lo esencial de lo inesencial es la llamada sociología de los grupos, que declara que la tarea más importante de la ciencia social es el estudio de determinados grupos de población (clasificación por su tipo de ocupación, situación familiar, etc.), en contraposición al estudio de la estructura de clase de la sociedad”.³⁶

El reformismo socialdemocrático de extrema derecha empuña los grupos para deducir que su existencia en las clases testimonia la desintegración de dichas clases: desde entonces, ¿para qué la lucha de clases?

Por su parte, Torcuato S. Di Tella clasifica en el *grupo emancipados* a los obreros sin conciencia de clase que se hallan bajo la influencia de caudillos demagogos.³⁷ ¿No es esta una confusión incomprensible?

Este es el juicio de Lenin: “De por sí, este concepto es aún más impreciso y arbitrario: el criterio de distinción de *grupos* puede verse tanto en los fenómenos religiosos como en los etnográficos, políticos, jurídicos, etc., etc. No hay un elemento firme que permita distinguir en uno u otro de dichos dominios estos o aquellos *grupos*. La teoría de la lucha de clases es una realización de las ciencias sociales precisamente porque establece los procedi-

³⁰ Comisión de Estadística Central del Consejo de ministros de la U.R.S.S., *Economía nacional de la U.R.S.S.*, Buenos Aires, Fundamentos, 1957, p. 170.

³¹ Oficina Estadística del Estado, *Un gran decenio*, Pekín, Lenguas Extranjeras, 1959, p. 193.

³² En *Introduction to Social Science*, Mac Millan, Nueva York, 1945, t. I., p. 523.

³³ Carlos M. Rama, *Las clases sociales en el Uruguay*, Montevideo, Nuestro tiempo, 1960, p. 38.

³⁴ V. I. Lenin, *Obras completas*, t. IV, p. 197.

³⁵ Academia de Ciencias de la U.R.S.S., *Los fundamentos de la filosofía marxista*, Grijalbo, México, 1959, p. 625.

³⁶ *Ibid.*, p. 601.

³⁷ *Situación*, Buenos Aires, n° 6-7.

mientos para reducir lo individual a lo social con toda precisión y exactitud”.³⁸

El escapismo sociológico consistente en eludir el problema de la lucha de clases lleva a cosas tan poco serias como las actividades del Instituto Sarmiento de Sociología e Historia, que se limita a celebrar los aniversarios

del sanjuanino, obsequiar bustos y pedir a las autoridades que planten árboles.

En resumen: quien aspire a la sociología científica, comience por asimilar el marxismo-leninismo.³⁹

Buenos Aires, enero de 1961

³⁸ V. I. Lenin, *Obras completas*, t. I, pp. 428-429.

³⁹ El presente ensayo fue escrito especialmente para *Estudios*, revista del comité ejecutivo del Partido Comunista del Uruguay y publicado en el n° 19-20, mayo de 1961.

II

Carta de Manuel Mora y Araujo y Juan Carlos Torre a Héctor Agosti

Buenos Aires, abril de 1962.

Camarada director de *Cuadernos de Cultura*.

Presente.

El artículo “Cosas de la Sociología” del camarada Rodolfo Ghioldi publicado en el número 53 de la revista que Ud. dirige nos ha movido a algunas reflexiones que creemos conveniente hacer llegar a Ud., interesados como estamos en el diálogo y la discusión de estos problemas. No es nuestra intención cuestionar el contenido básico del artículo, con el que nos identificamos. Creemos que el materialismo histórico se revela como la teoría global de la sociedad que ha proporcionado esquemas explicativos satisfactorios de los procesos sociales y que, a la vez, obrando como instrumento político, ha dado lugar a transformaciones profundas en numerosas sociedades contemporáneas, mereciendo por lo tanto el atributo de científica más que cualquier otra teoría de la sociedad. Desde esta perspectiva y entendiendo que del materialismo histórico se desprende una metodología

para el estudio y la explicación de los fenómenos sociales queremos cuestionar los términos en los que el mencionado artículo plantea la discusión con la sociología no marxista. Los trabajos críticos de los fundadores del materialismo histórico son la expresión de un rigor de análisis coherente con su probidad intelectual; rigor que consideramos ajeno al artículo que comentamos. Por demasiado evidente solo apuntamos que el esquematismo, la violencia de los adjetivos, las contadas y parciales fuentes de información a las que se hace referencia, el uso de citas aisladas como indicadores absolutos de posiciones ideológicas, colocan la polémica en un nivel muy distante del que debe tener una discusión científica, utilizando el artículo como material de lucha ideológica. Estos trabajos se hacen necesarios como material de consulta y esclarecimiento, pero nosotros consideramos que sin un mínimo de rigor y de elaboración no pueden cumplir satisfactoriamente ese papel.

En términos generales podemos decir que el artículo reposa sobre el criterio de autoridad para avalar sus afirmaciones, nosotros consideramos que tal criterio no puede servir como fundamento en una polémica científica, máxime cuando los adversarios no aceptan la autoridad en cuestión. Por lo demás criticar meramente los trabajos contemporáneos de

sociólogos no marxistas con párrafos de Marx parece una tarea ociosa, desde que esos sociólogos en ningún momento se retienen marxistas. Lo interesante sería profundizar en las raíces metodológicas de sus concepciones y a la vez atacar sus trabajos al nivel de la lógica de las ciencias, nivel en el que suelen mostrarse más fuertes. Ninguna de estas dos cosas se realiza en el artículo.

A título de ejemplo, Ghioldi invalida la sociología que Talcott Parsons, por ejemplo, representa tan cabalmente, porque ella se resiste a la búsqueda de leyes generales. La lectura cuidadosa de este autor, incluso en su artículo en el libro *Sociología del siglo xx*, muestra que uno de sus puntos de partida es la idea de que la sociología no está en condiciones de construir científicamente leyes generales. La tarea de un análisis crítico debería ser buscar los supuestos filosóficos de esa concepción y discutirlos minuciosamente. En cambio, en este artículo se da por sentada la verdad de la concepción opuesta sostenida por el materialismo histórico, pero sin defenderla lógicamente, sin intentar siquiera precisar por qué caminos se llega a su demostración. De ese modo nada se consigue como no sea poner en evidencia que Parsons, entre otros, no es marxista. Si es nuestro propósito destacar la veracidad de nuestras afirmaciones debemos explicitar los supuestos sobre las que se basan y demostrar en qué medida la práctica científica las ha verificado. De lo contrario su sostenimiento se transforma en una cuestión de fe y a ese nivel la discusión racional es percibida como obvia.

El artículo parece mostrarse indiferente ante el problema de si el desarrollo de la sociología no marxista –criticable no por la imprecisa afirmación de que es una moda burguesa sino, como lo señala Michel Simon (“Notas sobre la concepción marxista de la sociología”, en *Cuadernos de Cultura* n° 49), porque encuentra sus fuentes en la ideología burguesa– aporta algo a una aproximación científica de la realidad social. El lector des-

prevenido extrae la conclusión de que no aporta nada y aún más, que en el rechazo de la sociología no marxista hay una coincidencia tal que exime de la formulación de un problema como el que planteamos y respecto del cual objetamos que no haya sido considerado en el artículo. Sin embargo, debemos señalar un hecho que nos parece de suma importancia: hay marxistas dedicados a la sociología que actualmente realizan investigaciones parciales e incluso estudios monográficos utilizando los métodos y técnicas de investigación de que se sirve y que incluso ha elaborado la sociología burguesa. Una lectura atenta de los materiales de origen polaco publicados en *Cahiers Internationaux de Sociologie* pone en evidencia lo que decimos. No descartamos la existencia de puntos de vista distintos a los aportados; las intervenciones de sociólogos soviéticos durante el III Congreso Mundial de Sociología pueden ser un ejemplo de ellos. Queremos precisar que no hacemos nuestra una definición al respecto: solo queremos poner de manifiesto la existencia de actitudes encontradas en la evaluación de las técnicas de investigación de la sociología burguesa y la relevancia de un problema que requiere profundización y no simplificaciones y aun su desconocimiento.

Por otra parte, el artículo coloca indiferenciadamente en un mismo plano a autores tan distantes entre sí como Parsons y Lévi-Strauss. La sociología no marxista está lejos de ser ese conglomerado indiferenciado que se deduce de la opinión del camarada Rodolfo Ghioldi, y si bien puede encontrarse una misma fuente clasista, tenemos el deber de poner en evidencia la naturaleza de las diferencias, así como lo que hay en ella de rescatable, como aconseja Michel Simon en su trabajo ya citado. La lectura atenta y no limitada a un artículo ocasional, por ejemplo de un Lévi-Strauss, revela que es impropio hablar de sociología burguesa, con el acento peyorativo con que se utiliza este concepto para referirse a su obra. Se-

ría interesante que la crítica científica se basara en una mayor profundización de los materiales criticados; de ese modo adquiere fecundidad el debate ideológico y, por otra parte, no demostraremos a menudo que estamos atrasados en información.

Las observaciones que hacemos sobre el modo en que deben plantearse las discusiones intelectuales han sido ya objeto de consideración dentro de nuestro partido.⁴⁰ Reiteramos aquí que “La polémica no implica agresividad” puesto que “es difícil dialogar cuando los argumentos se sustituyen con agresiones”. Asimismo la administración rutinaria de “etiquetas” (tales como “burguesas” o “idealistas”), la adjetivación gruesa y definitiva y *a priori* de un trabajo riguroso de análisis crítico para caracterizar las posiciones teóricas de nuestros adversarios en el debate intelectual reducen a este a un despliegue de citas y fórmulas hechas –la técnica de reducir al denominador común quizás no sea la más apropiada en las circunstancias que comentamos pues suele conducir a la aplicación de principios generales sin la adecuada elaboración que discrimine lo específico de las múltiples teorías y lo nuevo en el pensamiento contemporáneo. En este sentido creemos oportuno recordar a Roger Garaudy cuando afirma: “Es inevitable que un pensamiento militante, sobre todo en momentos de extrema tensión histórica y de polarización de fuerzas, sea llevado por las necesidades de la vigilancia y el combate a una cierta rigidez en la acogida hecha a otras fuentes de pensamiento, pero es indudable para todo marxista, cualesquiera sean los tanteos y errores ineluctables, que el marxismo no puede vivir y desarrollarse sino

integrando y superando todo cuanto tiene de viviente la filosofía contemporánea: el marxismo no sería marxismo si se limitara a responder a Sartre con las objeciones que Marx hacía a Steiner; a Husserl con la refutación que hizo Lenin de las teorías de Ernst Mach; a Desroches o Teilhard de Chardin con la argumentación de Feuerbach”. El contenido que tiene esta cita para nosotros está expresado en algunas de las objeciones que hacemos al artículo que comentamos.

En otro orden de cosas, pero, creemos, en estrecha relación con lo anotado precedentemente queremos destacar nuestra convicción en la renovada necesidad de realizar trabajos empíricos sobre nuestra realidad nacional que superen la observación periodística y la mera recopilación de datos estadísticos. Ellos obrarán como una contribución del marxismo militante a la descripción y explicación de nuestros procesos sociales, definiendo la peculiaridad de los mismos. Esta exigencia concuerda con el desarrollo actual del pensamiento de los sociólogos marxistas cuando afirman que: “[...] el menosprecio franco y disimulado de este género de investigaciones (investigaciones sociológicas concretas) es una manifestación clara de dogmatismo en la ciencia marxista leninista de la sociedad. Cuando afirman que en la interpretación materialista de la historia está comprendida toda la ciencia sociológica marxista, los dogmáticos pretenden justificar teóricamente su renuncia a estudiar y sintetizar los nuevos fenómenos y procesos sociales que surgen en el transcurso de la construcción del socialismo y el comunismo. Los científicos propensos al dogmatismo quisieran reducir “la erradicación de los principios del materialismo histórico en la esfera de los fenómenos sociales” a la simple labor de deducir “unas verdades absolutas” de otras más generales todavía. Estos investigadores eluden el estadio directo de la realidad concreta, inclinándose a transformar “la ciencia marxista-leninista de la sociedad en una especie de pasatiempo”. Este párrafo está

⁴⁰ Héctor R. Agosti, “Algunos Problemas del trabajo cultural”, *Nueva Era*, n° 7, 1961, y “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas”, en *Para una política de la cultura*, Ed. Procyon, 1956. Las frases entre comillas y la cita de Garaudy han sido extraídas de estos materiales.

transcrito de la reseña sobre el “Encuentro de sociólogos marxistas” publicada en *Problemas de la Paz y el Socialismo* n° 2 de 1962.

Reiteramos finalmente lo que consideramos una premisa básica del debate ideológico: la necesidad de que el rigor y la disciplina científica presidan nuestros trabajos. El esquematismo y la rigidez que son consecuencia de la falta de esos atributos impiden el diálogo, retraen a importantes grupos de

estudiantes e intelectuales de nuestros materiales y de ese modo neutralizan la difusión del marxismo-leninismo en el ámbito de la cultura nacional, despejando el camino para que los neomarxistas y revisionistas recluten su clientela.

Saludamos atte.

Manuel Mora y Araujo - Juan Carlos Torre

III

Carta de Rodolfo Ghioldi a Héctor Agosti⁴¹

Estimado Héctor, te devuelvo la carta de los cam. que rechazan mi artículo sobre sociología. La he leído con atención y dos o tres veces para tratar de ver cuál es el grano de verdad de esos cam.; no lo hallé. Dicen que ellos están identificados con el contenido básico de mi artículo; no lo creo, a pesar además de su aceptación del materialismo histórico que merece, dicen, la calificación de científico, “más que cualquier otra teoría de la sociedad”. Si no es un error de redacción, cabe entender que el mat. hist. es más científico que otros enfoques, y por ende, estos otros enfoques son también científicos, aunque menos. Pero esto es justamente lo que niego (es decir, lo que niega el marxismo-leninismo, no personalmente yo); la posición del m. l. en la materia es clara y directa, como es fácil verlo en los clásicos y, desde luego en las obras modernas (por ej., *Los fundamentos de la filosofía marxista*, del Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., o el

“Manual de marx.len.”). Los cam. reprochan el empleo de adjetivos (lo que no les impide aplicármelos), pero es esa una observación insatisfactoria; si la adjetivación es pertinente, no solo suele no estar de más, sino que sirve para dar más relieve a la sustancia. Tomen ellos los trabajos científicos más rigurosos de Marx, Engels, Lenin y verán que no ahorran calificativos. El asunto es ver si el adjetivo en cuestión cabe o no cabe; por ej., ¿está bien o está mal decir “sociología burguesa”, “degeneración sociológica burguesa”, etc.? ¿O será que les molesta que se hable irrespetuosamente de la sociología burguesa? Me inclino a pensar que ellos no han visto el sentido – muy evidente y expreso por otra parte– de mi artículo. Parte de que las corrientes sociológicas burguesas ejercen una influencia nefasta, que muchas personas las consideran útiles, prácticas, eficientes, lícitas, que nuestras universidades están tomadas por ellas, que se las presenta como, en su conjunto, la verdadera ciencia sociológica (por oposición a las metafísicas antiempírica del marxismo) –de todo lo cual deduje la necesidad o conveniencia de mostrar la degeneración burguesa también en el campo sociológico, de señalar al m. l. como la única sociología científica, de indicar los motivos por los cuales hay que decir que la sociología burguesa no es científica. Este es el centro del artículo; la negación de que sea

⁴¹ Ghioldi utiliza en la carta una serie de abreviaturas que hemos optado por mantener: cam., por camaradas; mat. his., por materialismo histórico; m.l., por marxismo-leninismo; P., por Partido; y comp., por compañeros.

científica la sociología burguesa. Los camaradas censuran el que critique a los sociólogos burgueses con párrafos de Marx, etc.; es, además, el criterio de autoridad. ¿De verdad? Pero resulta que el m.l. es producto de una elaboración científica, y en la cual autoridades como Marx y como Lenin han desempeñado un papel muy principal: es justamente en esas fuentes del m.l. (¿criterio de autoridad, entonces?) donde hallamos la definición de la sociología científica, mediante la reducción de las relaciones sociales a las relaciones de producción y la comprensión del concepto de formación social. Así es factible estudiar la regularidad y por lo tanto la ley. He puesto frente a frente este criterio marxista-leninista con el habitual de la sociología burguesa, he indicado que lo común de las escuelas burguesas consiste en la negación del proceso de desarrollo social como de algo sujeto a leyes, y saqué la conclusión que venía sola: la sociología burguesa es apologética pero no científica. Indicarlo fue el objetivo del artículo. De esto se trata, y no de otros temas. Que en la polémica nuestros jóvenes sociólogos, si los hay, investiguen otros aspectos, aborden cuestiones parciales, pesquisen acerca de los métodos, me parecerá excelente, pero claro está, a la condición de no hacer desaparecer lo fundamental (que es la noción sobre la sociología burguesa como una ideología de clase que niega las leyes generales en el proceso social), a la condición de no invocar leyes particulares para eclipsar las generales. Por ej., examinar la cuestión de un grupo dado, o el problema de la familia, para hacer diluir en ello la cuestión candente y básica de la lucha de clases, será una superchería reaccionaria, que nada tiene que ver con la ciencia. Por lo que hace al análisis de las cuestiones vitales de la sociedad, he mostrado que las únicas indagaciones valedoras y científicas son las del m.l., triunfantes allí donde fracasó la escuela burguesa (cité problemas como el del Estado, el del fascismo; ahora que tenemos el Pro-

grama del PCUS —que es un verdadero manual de sociología científica—, eso mismo podemos decirle con mucha mayor energía).

Volviendo al argumento de autoridad, quiero decir que una cosa es el artículo de fe, o verdad revelada, y otra cosa es el criterio fundamentado teóricamente e ilustrado históricamente, que muestra así ser verdadero. Si al remitirnos a ello se nos dice que tal cosa es moverse con argumentos de autoridad, tendremos que pensar que se confunden las cosas. Creo que no solamente podemos, sino que debemos remitirnos a ello, pues la justeza del pensamiento m.l. tiene a su favor una abundante e inmovible justificación histórica. Por ej., desde Marx hasta hoy, se ha probado que el marxismo tenía razón cuando hablaba de las leyes generales del desarrollo social, que él descubrió y estableció, y gracias a cuya aplicación tenemos el socialismo en una tercera parte de la población mundial; ha probado, además, que las concepciones sociológicas burguesas que negaban dichas leyes han hecho fiasco. No les gusta a los camaradas, que me critican mi referencia a las modas sociológicas; por cierto que no condeno la sociología burguesa sencillamente por tener modas, sino por ser burguesa, apologética, anticientífica; pero esto no debe impedir comprobar la sucesión de modas, emparentadas entre sí a pesar de todo por algunos rasgos irracionalistas comunes. En *Los fundamentos de la filosofía marxista* leo estas palabras: “Desde que la burguesía se convirtió en una clase reaccionaria, sus ideólogos, llenos de pavor, se vuelven de espaldas al problema mismo de las leyes sociológicas. En el s. xx, en la sociología burguesa se han puesto de moda las diferentes escuelas y corrientes que niegan la necesidad de plantear, incluso desde un punto de vista idealista, el problema de las leyes que rigen en desarrollo social”. Mientras haya burguesía en descomposición puede decirse, me parece, que la escuelilla más reciente no será la última; otra

escuelilla ha de estar por surgir. ¿No pasa lo mismo en filosofía? En la inmediata posguerra había existencialismo por doquier; hoy es cosa muerta o semimuerta, desbordada por otra corriente (o “escuelilla”). Igual en economía, en artes plásticas, en lo que se quiera. Justamente después de la guerra surgió en Francia la escuela resistencialista, con su catálogo filosófico, con su pintura, con su dramaturgia; recuerdo haber leído el argumento de uno de sus dramas: dos personas en el fondo de un pozo arrojaban piedras hacia afuera, para llamar la atención, pero las piedras volvían a caer. Conclusión: la cosa resiste al hombre. Al parecer esta degeneración sería insuperable; pero no; hace poco, en una sala central de Bs. As., hubo una muestra de arte destructivista, con su mensaje filosófico correspondiente. Todo eso es burguesía en descomposición; y las modas se suceden. ¿Monografías descriptivas? Son; pero hay que explicar, no apenas describir; y para explicar hay que desentrañar las leyes del desarrollo. ¿Que la investigación sociológica no sea mero registro periodístico? ¡Claro! Pero entendámonos: investigación sociológica que concluye en la inexistencia de las leyes generales del desarrollo social, o en la negación de la formación social, o en el rechazo de la lucha de clase, está muy por debajo del último registro periodístico. Se desea la producción de trabajos empíricos sobre la realidad nacional. De acuerdo, pero siempre que sea para no caer en esas negaciones del sociólogo burgués y decadente. Quienes quieran emprender ese trabajo aprovecharán mucho releendo los materiales del Partido desde hace algunas décadas: allí encontrarán un buen reflejo de la realidad nacional. Curioso es que los sociólogos profesionales no reconocen ese mérito a nuestro Partido, pues para ellos el m.l. es, en el mejor de los casos, una metafísica encantadora. Ellos, y sus amigos más cercanos, sí que eran los dueños de la realidad argentina; para ello habían partido a ASCUA. Pero ASCUA acaba

de morir, y sus jefes más notables –Erro, Barreiro, Romero–, entretenidos en algunas cosas parciales del proceso argentino durante tantos años, confiesan en el acta de defunción que la realidad argentina es incomprensible; un paso más, y surgirá uno que niegue sencillamente la presencia de una realidad nacional. Por lo pronto, el cosmopolitismo es una forma de disolución de dicha realidad. Dicen que los burgueses suelen mostrarse más fuertes en el nivel de la lógica de las ciencias: paradoja incomprensible, cuando partimos de que esos burgueses renuncian expresamente al abecé de la ciencia: las leyes generales. Las objeciones que los sociólogos burgueses hacen al m.l. las han hecho siempre los filósofos burgueses en su plano; recordé hace un tiempo el caso de Saúl Taborda, tan amigo del P., sin embargo, que negaba la filosofía marxista porque no estaba en ningún texto especial; se le explicó las tesis de Marx en la materia, su ilustración en las obras que produjo, los volúmenes de Engels, y finalmente el “Materialismo y empiriocriticismo”. ¡Pero eso no es filosofía!, respondió. En fin, creo que los comp. se equivocan también cuando piensan que si los intelectuales y los estudiantes no admiten fácilmente nuestros materiales se debe a no sé qué esquematismo; seguramente que si ese fenómeno se da, tal como ellos lo sostienen, sus causas serán diversas, y entre ellas también las de organización; pero se deberá sobre todo a que, estando esos intelectuales y esos estudiantes bajo el peso de la influencia ideológica burguesa, las vacilaciones o debilidades de nuestros propios compañeros no son el camino más adecuado para persuadirlos. Que medie también la elaboración insuficiente en cosa admitida, pero lo fundamental será, creo, la lucha insuficiente contra la influencia ideológica burguesa, y en el caso de la sociología, contra el pensamiento de las diversas capillas burguesas. Saludos cordiales,

Rodolfo